

LAS BOMBILLAS

-¿Alguna vez han visto una fábrica de lámparas?

-No, señor. Nunca.

Con la respuesta, además de decir verdad, alentábamos a quien nos invitaba. El guía se puso a la cabeza del grupo y nos hizo seguir un camino, el mismo, más o menos, que recorren el vidrio, los filamentos, los casquillos, los tubos de cuarzo... hasta convertirse en esos utensilios dispensadores de felicidad -que tal es la luz-: las lámparas eléctricas. El explicador actuaba con un sistema, pero sin llegar a la monotonía de los guías profesionales. Era joven y entusiasta. En días de labor, él mismo se ocupaba en la fabricación. Hoy las máquinas funcionan un poco de mentiras. La casa celebra su cumpleaños -bastantes años-, y todo marcha y se engrana para agasajo de los visitantes. Se ha querido una impresión de naturalidad, pero los monos de los obreros no nos engañan, tan recién planchados, y apostaríamos a que las operarlas fueron escogidas: fuertes, guapas, sonreidoras sin insistencia. Nos enseñan lo que es una reactancia. Mañana ya no lo sabremos, pero hoy aún podríamos pasar el examen con decoro:

-A ver caballero: ¿Cuáles son los objetivos...?

-Los objetivos de una reactancia son tres. El primero es suministrar... suministrar calor a los electrodos (o cátodos).

-¿Y el segundo?

-El segundo... facilitar la tensión para que se produzca el arco entre los electrodos (o cátodos).

-¿Y después?

-¡Limitar el paso de la corriente! -Esto ya de carretilla, con aire de triunfo.

Todo va de prisa en nuestra edad, y si la vela tardó siglos en ser reemplazada, ahora se precipita la sucesión de nuevas fuentes de luz. Nos dicen del vapor de mercurio y de los yoduros metálicos. Eran lo último... hasta ayer. Ahora ya están ahí

las lámparas de halógenos, un bonito nombre que suena a droga y alucinación. Y sin embargo... Yo admiraba las maravillas, me sentía orgulloso de participar en un mundo tan espabilado; pero mi corazón se quedaba remoloneando junto a los ingenios que producen -todavía- lo más clásico: ese mínimo objeto que aquí se nombra lámpara de incandescencia, porque bombilla sanarla a desdén. (El "bombillero", dentro de la gran familia de los chismes eléctricos fue en tiempos el digno pero modestísimo primer escalón, aquel que en un portal ejercía su comercio. midiendo metros de cordón trenzado por dos muescas tajadas en el mostrador.) Las máquinas eran veloces y modernas. Pero el producto que terminaban, conserva la apariencia familiar de siempre. Me encontré con una bombilla en la mano, la ampolla todavía caliente, 130 por 40. O sea, 40 bujías como solía decirse. No podía apartar de ella la mirada. "Contemplad una cosa largo tiempo y se volverá interesante." Aunque sea el objeto más trivial. La bombilla se me tornaba tan sugeridora, y proteica como la llama de una chimenea en invierno; como los rizos del mar. Pensé en un truco de cine: enfocar la ampolla, hacerla crecer como una pompa de jabón que refleja el contorno con sus mejores colores, y luego, de repente, saltar al lejos y al atrás de los recuerdos.

El sentimiento de la edad se nos revela por pequeñeces: si uno se, acuerda de Alcalá Zamora, si llegamos a usar pantalones bombachos. También por las biografías de los periódicos; cuando de repente resulta que hay arzobispos y generales que nacieron, por ejemplo... en 1923. No alcanzó -mi padre sí- al júbilo de la primera electricidad. En cambio, sí recuerdo que hubiera sido pecado de derroche la luz eléctrica durante el día: llegaba con la noche, y era la señal para que los chicos nos recogiéramos. Las bombillas tenían forma de pera; enrojecían muy poco a poco. En calles y jardines servían no más que de orientaciones para no desnucarse, y aun así tenían que sufrir, la pedrada de algún enamorado vehemente. Si se fundía una bombilla, era posible comprarse otra a cualquier hora que fuese. Hasta el comerciante más gruñón se ablandaba por tal clase de urgencia. A veces no era la lámpara, sino la corriente. Entonces caíamos todos en la tristeza, con la conciencia de que hasta hace, unos momentos éramos felices y no sabíamos apreciarlo. La guerra nos trajo oscuridad. No digo la del momento, bajo el choque de las armas o el peligro de un avión. En los años siguientes -los de las restricciones- fue también la angustia de la bombilla, que sólo se podía comprar contra el casquillo de la inservible. Más tarde, poco a poco, la luz dejaba de entrar como por rendijas. Hubo bombillas para las casas y las escuelas, y hasta de mil colores para las ferias y otras alegrías. Vinieron los tubos largos que imitaban la luz del día. Primero con petulancia, como siempre pasa con las innovaciones. Vi un anuncio en una ciudad castellana (era justamente -lo recuerdo por asociación- el tiempo de los primeros "4-4"): "Academia San Luis. Profesorado competente. Aulas espaciosas. Calefacción. Luz fluorescente". Y ya de prisa el mercurio y los yoduros y los halógenos que decíamos antes...

Una voz suave y entrenada vino a despertarme:

-¿Whisky, señor? ¿Jugo de tomate?

Era una azafata de ceñido uniforme, a la que seguía el camarero con su bandeja. Pensé que ella no sabría una palabra de bombillas, por experiencia de esas preciosidades que en las ferias de muestras beben refrescos sin cesar junto a motores de explosión o escaparates de piensos compuestos. Me puso encima unos ojos... luminosos. Sí, ya sé que uno tiene la obligación de buscar nuevas coyundas a los nombres y a sus adjetivos, pero la chica -y no lo digo por la circunstancia- era de verdad así.

Para coger la copa tuve que dejar el espejo en que me estaba mirando, aquel globo de cristal que me recordaba el de las pitonisas. Y di en imaginar, con un poco de lástima, el porvenir que yo le deseo lejano: cuando los elegantes cenan a la luz, ya anacrónica, de bombillas como esta, igual que ahora se hace con las velas en noche de mucho postín.

Antonio PEREIRA